

UN FERRO-CARRIL EXCEPCIONAL.

Hoy que los ánimos se preocupan grandemente con la ansiada terminacion de las obras del ferro-carril de Leon á Gijon; cuando hasta en las conversaciones familiares se discute sobre la manera de conducir la vía del Noroeste desde las nevadas alturas del Pajares hasta las inmediaciones de Puente de los Fierros, creemos que no estará fuera de lugar en la REVISTA DE ASTURIAS la somera descripcion de un ferro-carril verdaderamente excepcional que hemos leído en las conferencias de la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos de Zurich.

En 19 de Febrero de 1872, se reunian los habitantes de la pintoresca ciudad de Zurich, en Suiza, para nombrar una Comision que se encargara de procurar y conseguir la construccion de un ferro-carril, que partiendo de aquella ciudad terminara en la cumbre del monte Uetli, tan frecuentada por los extranjeros que buscan en aquel hermoso pais los deleites que al alma ofrece la tranquila contemplacion de una bellisima naturaleza.

Reunióse la Comisión y el primer punto que hubo de discutir fué cuál sería el sistema que convendria elegir. Como garantía de mejor acierto, se consultó á los Sres. Culmann y Pestalozzi, profesores de la Escuela politécnica y al ingeniero en jefe Sr. J. Tobler, quienes informaron muy detalladamente en 12 de Agosto del mismo año.

La disposicion del terreno hacia muy difícil la eleccion. Convenia, naturalmente, que el punto de partida estuviera muy cerca de la poblacion y como el desnivel hasta el pié de la montaña era poco sensible, no había inconveniente en emplear hasta allí el principio ordinario de la adherencia; pero para subir hasta la cumbre era preciso hacer uso de las locomotoras para grandes pendientes, empleando el sistema de ruedas dentadas que en 1867 había establecido Marsh en el Mount-Washington y que después se adoptó por Riggensbach para la montaña de Pigi. Pero como se deseó la idea de aceptar dos sistemas distintos de traccion y se acordó emplear locomotoras-tender de 4 ó 6 ruedas acopladas del sistema

que la casa Krauss y Compañía de Munich, suministraba al camino de hierro del Nordeste para la linea de Zurich á Balach y Dielsdorf y tambien para el servicio de las estaciones.

Los trenes debian componerse, segun la Comision, de dos vagones con 40 viajeros cada uno, y su peso sería por lo tanto el siguiente:

2 Wagones de 5 toneladas.....	10 toneladas.
80 personas y equipajes á 75	
kilógramos.....	6 idem.
1 locomora.....	18 idem.
<hr/>	
Peso del tren.....	34 toneladas.

Sin entrar en una descripcion detallada del trazado de este ferro-carril singular, diremos que su longitud total es de 9.228 metros y el desnivel entre los puntos extremos es de 399 metros. El siguiente cuadro dará una idea de su perfil longitudinal:

PENDIENTES.	LONGITUDES.	OBSERVACIONES.
Subiendo Bajando.	Metros.	
Horizontal.	—201,00	Estacion de Zurich.
m	—256,20	Hay un túnel de 70 metros.
0,050	—63,00	
Horizontal.	—339,00	Hay un puente de 3 tramos de 24 m.
" 0,015	—429,30	
Horizontal.	—151,50	
0,015	—750,00	
0,028	—600,00	
0,0375	—690,00	
0,033	—2.370,00	Cruza una carretera.
0,055	—240,00	
0,0225	—1.050,00	
0,060	—120,00	Cruza un camino.
Horizontal.	—1.860,00	Cumbre de la montaña.
0,070	—108,00	
Horizontal.	—108,00	
Total.....	9.228,00	

Los radios de las curvas en la mayor pendiente de 0,070 no bajan de 150 metros, pero en la de 0,067 ha sido preciso llegar hasta 135 metros de radio.

Las locomotoras se encargaron á la fábrica de Krauss y Compañía con la obligación de transportar 16 toneladas sin dificultad y aunque el tiempo estuviera muy malo, con una velocidad de 20 kilómetros por hora, por rampas de más de 0,060 y curvas de menos de 180 metros. La velocidad podía disminuirse hasta 16 kilómetros.

Las locomotoras-tender tienen seis ruedas acopladas y sus dimensiones principales son las siguientes:

Diaméto del cilindro.	0,	320 metros.
Carrera del piston.....	0,	540 id.
Diaméto de las ruedas.....	0,	910 id.
Distancia entre los ejes extremos.....	2,	000 id.
Superficie de caídeo...	72,00	métros cuadrados
Id. de la rejilla.....	1,00	id.
Presion efectiva en la caldera.....	12	atmósferas.
Peso de la maquina vacia.....	18,85	toneladas.
Id. id. en marcha.....	25,00	id.
Depósito de carbon....	1,50	id.
Id. de agua.....	2,75	id.
Esfuerzo efectivo de traccion al 50 por 100...	3,700	kilógramos.

Para regular la marcha en la bajada lleva la locomotora un freno de aire que obra con mucha energia y ademas lleva otro de palanca para sujetar los ejes extremos; pero que sólo se usa para las paradas en las estaciones.

La locomotora siempre vá á la parte del tren más próxima á la llanura, de modo que al bajar arrastra y al subir empuja, con lo cual se han evitado las desgracias que podrian ocurrir por rotura en los enganches.

Las pruebas se hicieron con dos trenes de material que pesaban 17,05 y 25,10 toneladas respectivamente, sin contar la locomotora, y que subieron con una velocidad de 21,31 kilómetros por hora. La vía estaba perfectamente seca.

Para probar que el servicio podia hacerse facilmente, se empezó á bajar desde la cumbre y á 1,5 kilómetros se cambió la marcha y volvió á subir la altura que, á razon de 0,070 de pendiente, no era menor de 100 metros. Tambien se

hicieron pruebas satisfactorias con los carriles mojados .

La fuerza desarrollada por la locomotora al subir el segundo tren de prueba, fué de unos 230 caballos. Resulta por lo tanto que no habrá inconveniente en subir tres coches, ó sean 120 viajeros, si el tiempo es bueno. Cuando esté malo no han de acudir muchos curiosos al ferrocarril.

El profesor A. Fliegner, de quien extractamos estas breves noticias, termina diciendo que los ensayos practicados permiten asegurar que las locomotoras de adherencia ordinaria puedan prestar servicio en pendientes de 0,070 y aun algo más, con toda la seguridad necesaria.

No pretendemos deducir como consecuencia que convenga adoptar en el trayecto de la Perruca al Puente de los Fierros estas pendientes extraordinarias, pues claramente se ve que la linea del Noroeste no es ni será una vía dedicada exclusivamente á viajes de recreo, como es la que hemos descrito; pero acaso sería posible aumentar las pendientes primitivamente aprobadas hasta un límite suficiente para acortar la linea, disminuir obras y no dificultar en exceso la traccion, ni exponer la vida de los viajeros más de lo que siempre se exponen en pendientes como las ya aceptadas y construidas.

Pero asunto es este que podran resolver con acierto y pericia los dignos ingenieros encargados del replanteo y estudio de ese trozo y que por lo tanto no nos incumbe examinar en detalle.

ROMAN ORIOL.
Ingeniero de Minas.

LA HISTORIA DE MADRID.

(CONCLUSION.)

Así de hoy más, cuando tal evidencia tenemos de que en estos mismos sitios se han sucedido, agitado y muerto numerosas generaciones, todas tan distintamente significadas en el cuadro histórico de la civilizacion española, podemos sospechar con bastante fundamento que á cada instante nuestro pié abandonado hollará alguna reliquia de otras edades y nuestros ojos indiferentes profanarán algun sagrado recuerdo; porque á tal conducen nuestra ignorancia y su ocultamiento.

Y vé aquí, en esta última idea, la causa de que para ese cualquiera que con ánimo al par curioso

y vago, se desliza perezosamente por las calles de la coronada villa, parezca simple paradoja ó prurito pedantesco que se hable en serio de la historia madrileña. Y cuenta que la opinion esta es la comun, la vulgar si así conviene apellidarla, la opinion de ese grupo inmenso que realmente vive la vida de Madrid, que se agita, que comercia, que discute, que habla de politica; de esa multitud que no ha tenido vagar ni pretexto suficiente para registrar las curiosas páginas del *Antiguo Madrid* ó acometer los tomos abultados de la *Historia de la Villa y Corte*.

Y la razon está dicha, nuestra ignorancia: pero explicada y excusada bastantemente por un fenómeno; porque cuando el detalle histórico llega á ser propiedad del mayor número de las gentes, cuando de él naturalmente se habla y á él la conversacion se refiere ó le supone, cuando hay motivo poderoso que á ello excite, cuando su preocupacion la determina un hecho que á todas horas se ofrece en medio de la vida ordinaria y produce un alto en el curso de las ideas comunes y normales, cuando hay monumentos que irrogan con su muda elocuencia al transeunte, cuando hay algun detalle histórico que se entromete en el marchar de las cosas diarias y cuya explicacion se hace útil ó indispensable, cuando, en fin, por donde quiera salen, estrechan é importunan testigos ciertos de otras edades,—y esto pasa en Búrgos y en Granada y en Oviedo, y dentro de España en muchísimas partes— allí todo el mundo sin pensarlo, sin quererlo, tiene, si no conciencia circunstanciada, al ménos noticia de su historia: todas las gentes la suponen y á ella se refieren ó hacen gala de saberla perfectamente.... porque palpita y es casi un detalle importantísimo de su actual existencia.

Pero en Madrid!.... Aquí el conocimiento del pasado es mera obra de erudicion, se necesita empeño decidido de poseerlo; porque en Madrid faltan esos motivos y esas ocasiones que en otros pueblos traen á la inteligencia de todos la noticia de su historia; porque en la villa y corte de consuno han trabajado para borrar todo rastro de un pasado más ó ménos ilustre, de una parte el furor del derribo y la innovacion, de otro lado el soplo incontrastable de la revolucion moderna, que ha conmovido y trasformado desde su fondo, toda la significacion, todo el carácter que aún hace poco conservaba la villa de Madrid.

Si yo no estoy equivocado, cuatro ensanches se han operado en la antigua villa, siempre so-

bre la base del actual Palacio, comenzado á edificar por Felipe V en Abril de 1738, sobre el antiguo Alcázar, quemado en 1734, y que Carlos V habia convertido en Palacio, quitándole el carácter de fortaleza—que tenia desde la época de Pedro el Cruel, ó quizá desde el siglo décimo. El Madrid primitivo venia á comprender todos los alrededores de la actual Cuesta de la Vega hasta la Iglesia de Santa Maria. El Madrid del siglo XII ya se extendia hasta la Cuesta de los Ciegos, San Andrés, Puertas de Moros y Cerrada, calles de Milanese y Espejo y Plaza de Santo Domingo.

El tercer ensanche se verifica desde 1200 á 1560, y la extension de Madrid es considerable. La muralla (porque siempre la hubo) llega á la plaza de la Cebada, sube á la Plaza de Anton Martin, corre hácia la Puerta del Sol, busca el Postigo de San Martin y vuelve al Alcázar por la Cuesta de Santo Domingo. Así conoció á Madrid la corte de Felipe II.

El cuarto ensanche es el que se realizó hasta 1784, y consta en el Plano publicado por don José A. Alvarez y Baena, en esta fecha, en su *Compendio histórico de las grandezas de la coronada villa*; en cuyo plano aparecen tambien los ensanches anteriores.

El Madrid de fines del siglo XVIII lo hemos conocido casi todos. La cerca (ya no muralla) bajaba á la Puerta de Segovia, el Portillo de Gilimon, la Puerta de Toledo, subia á la de Atocha, corria por detrás del Retiro en busca de las Puertas de Alcalá, Recoletos, Bilbao y Fuencarral y por las del Conde-Duque y San Bernardino, daba la vuelta por San Vicente á buscar el Campo del Moro. No hace veinticinco años, las puertas citadas se hallaban en el mismo sitio que en el siglo XVIII; digo más, que en el siglo XVII, porque del tiempo de Felipe II data la traslacion á lugar más lejano de las antiguas Puertas de Balnadu, del Sol, de Anton Martin y de la Latina á los extremos de las calles de Fuencarral, Alcalá, Atocha y Toledo respectivamente; así como de esta época data la destruccion de arbolado que ántes cubría todas las inmediaciones de Madrid, haciendo de sus alrededores un gran bosque que contenía los vientos frios de Guadarrama y sostenia la humedad del suelo convertido despues en infecundo arenal.

Bastan estas indicaciones para que se comprenda que el Madrid histórico está de la Puerta del Sol abajo, hácia los barrios del Sur. Allí la Morería y el Campillo de Manuela donde

existieron las casas de judíos arrasadas en tiempo de los Reyes Católicos: allí la Plaza de la Paja con el viejo Palacio de los Laso de la Vega, donde vivieron los Reyes Católicos y desde donde se impuso Cisneros á los nobles mostrándoles con el dedo *sus poderes*, reducidos en aquellos momentos á esas *infantería caballería y artillería* que tanto papel desempeñan en algunos modernos sistemas de gobierno: allí el Palacio del duque del Infantado; allí San Francisco: allí la Latina..... allí *lo poco* que puede recordar, con no escaso esfuerzo del curioso, la vida madrileña de los siglos décimo sétimo arriba. Pero ese es el Madrid que todos vemos y frecuentamos? Ese el Madrid que nos sale al paso? Ese el Madrid que palpita, que brilla, que alborota, que centellea? Allí están el Real, el Príncipe, la Zarzuela, el Circo de Rivas, el Prado y la Castellana, el Ateneo y la Universidad, el Palacio del Congreso y la Redaccion de *La Correspondencia*, el Palacio de Buena-Vista y el Ministerio de la Gobernacion....?

Para dar con todo es necesario buscarlo, y guárdese el *touriste* de preguntar á un cualquiera si en la calle de la Fé, por ejemplo, estuvo ó no la Sinagoga de los judíos ó si en la calle de Isabel la Católica hubo hace cincuenta años una casa que se llamó la Inquisicion! ¿Acaso *eso* existió?

Pascad la mirada por esas calles, recorred el Madrid vivo y frecuentado; donde no parece un pueblo en ruinas, se ostenta palpitante todo de juventud y frescura. Los sitios de atrás más conocidos, todos los dias se transforman hasta no dejar rastro de lo que fueron; las calles amplias y desahogadas sustituyen á un monton de hacinados edificios y de oscuras travesías; los conventos desaparecen para que se hagan plazas: la mano del jardinero puebla de verdes prados y árbeles de adorno los lugares ántes más serios y desabrigados: sobre barrancos y derrumbaderos se alzan lindas alamedas y agradables bosquecillos: las casas viejas se revocan y alegran, y sin ir más allá de una veintena de años, este Madrid que hoy vivimos puede decirse que con respecto de aquél es otro pueblo. Y todo merced á la ley de expropiacion, las necesidades de la poblacion aumentada, las exigencias del gusto moderno, y el impulso de la riqueza que ha tomado cierto puesto en la villa madrileña.—Y qué mucho que cuando sobre aquel mentidero de San Felipe ahora, sin soñarlo, la union liberal tiene su Tertulia, y donde estaba el clásico corral de la

Cruz, ahora se alza una flamante administracion de loterías, y es Café el Buen Suceso, Bolsa la Aduana vieja, cuartelillo de carabineros el albergue de San Lorenzo, imprenta la Inquisicion, calles bien compuestas los altillos de Damas y Primavera y el campillo de Manuela, y, en fin, de un convento se ha hecho un Palacio donde á las veces se pretende la soberanía del pueblo; cuando tantos campanarios á tierra han venido, tantas plazas se han inventado y hasta el buen Retiro ha recibido tantas trasformaciones que no es ya ni sombra de lo que ha sido, cuando todo toma carácter nuevo y las tiendas deslumbran con sus escaparates, los cafés con sus luces, los teatros con su lujo, los paseos con sus palacios, todos los sitios, en fin, con su originalidad, su palpitation, su lozanía, tomando más ó menos por entero el aspecto comun de todos los grandes pueblos de estos tiempos; qué mucho, repito, que nadie piense en el dia de ayer que aquí nada recuerda, que ninguno hable de historia que derechamente no afecte la vida del momento, y sólo á un soñoliento amator de antigüedades se le ocurra reparar en el desenvolvimiento sucesivo del Madrid romano y del Madrid morisco hasta llegar á los grandes dias que vivimos de este siglo!

Por otro lado, hay que contar con la reforma gravísima que en las costumbres y la fisonomía de todo el país primero y principalmente de la villa y Corte por su carácter especialísimo ha producido la revolucion social (sic) asomada en la Península á los principios del siglo y que después tan grandísimo y eficaz desarrollo ha obtenido. La desaparicion de los conventos con su degradante sopa boba: la caida de los privilegios señoriales y aristocráticos; la exaltacion de la clase media: la herida mortal recibida por el fanatismo; la libertad del trabajo comenzada á garantizar por la supresion de muchísimos monopolios, preocupaciones y estrecheces; el desestancamiento de la riqueza; la instruccion propagada; la prensa en progresiva influencia, el amor del orden, del trabajo y de la justicia bastante difundidos por las diversas capas sociales, y en fin, la vida política entrando con pié seguro y después de un serio combate en el corazon de la sociedad española,—todo esto ha sido parte á producir el cambio feliz y asombroso que en nuestra Península hoy se nota respecto de lo que era el siglo pasado, y esto con mayor relieve se evidencia en Madrid, por su carácter comprensivo de todo lo que más destaca en España.

No es este ya aquel Madrid de mucha capa, de

ricas moñas, de talles altos y grandes chupas: aquella villa de las calles misteriosas, de las bajas covachuelas, del mentidero del Buen Suceso, de la novelesca Florida y de un barrio de Maravillas que era la *fior de la corte*: aquel pueblo singular y clásico de las agudezas y el rumbo, pero con ellos los atrevimientos, los escándalos, las aventuras, las soberbias indiferencias y las magnificas alegrías: aquel Madrid pasó, aquella fisonomía ha desaparecido. Si hoy se quisiera ver aquel mundo y conversar con él, sería necesario evocarle por la intercesion de Goya y de Cruz, sus dos admirables y popularísimos retratistas. Solo así dejarían sus sepulcros las sombras tristes de los que nunca creyeron en la muerte, llenando una existencia pobre, de copas, tonadas y besos en esta tierra de tanta sal, tanto cielo y tanta luz. Aquel estudiante de la tuna que hacía con sus locuras la existencia eterna, aquel guardia de corps para quien antes que el rey era la dama y la mejor razon la espada, aquel abate que solo tomaba la vida por el lado de la corrupcion y la jícara; aquel usía que para enamorar disfrazado se bajaba al Rastro aceptando las más vulgares maneras: aquella dama de rebocillo, toda tentaciones y promesas, aquel petimetre cuyos dos relojes no señalaban bastantes horas para responder á aventuras amorosas: aquella maja de *mucho a-re, mucho rumbo y mucho bullo*, aquel manolo que traía.

en la boca un gran cigarro,

un trueno de un par de libras

y media capa arrastrando,

aquel fraile chocolatero y regoldador, aquella pillería del campillo de Manuela, aquellas pendencieras verbenas, aquellas luchas de los corrales, aquella estrechez de la educacion, aquella dificultad de la vida, han cedido la plaza á un mundo de cosas marcadamente distintas. Claro se esta que el toque de españolismo, ese *quid*, esa señal que caracteriza á todos los pueblos de aquende el Pirineo en el concierto general de las naciones de Europa, ese nos queda; que no en balde han pasado los siglos sobre la villa y corte; y tambien es innegable que aquello propio de todas las capitales donde los pretendientes se aglomeran, los desocupados se mueven, la riqueza corre, las ambiciones se alzan, la corrupcion se entromete, aquello, aunque variando de forma, ha de permanecer y vivir en Madrid. Pero, en cambio, la antigua fisonomía propia de la antigua villa del pueblo del siglo pasado, esa ha sufrido una perfecta trasfor-

macion. La manola ya ni se adivina, porque pacíficamente trabaja y se dedica á las graves y honrosas tareas de madre de familia: aquel majo es sólo un recuerdo, cuando el hongo revolucionario y el nivelador sombrero de copa le han abierto las puertas del colegio electoral; la juventud en vez de romper los vidrios, presume hasta la exageracion de estudiosa é instruida: el órden se afirma sobre los esfuerzos de los gobiernos, por la autoridad incontrastable de la opinion pública: la moralidad de dia en dia se fortifica, porque cuando los excesos no se destruyan, al ménos al escándalo se evita; el teatro con su virtud moralizadora es una verdadera y arraigada costumbre; la vida fácil, y la distincion del trato y el afinamiento de maneras van por instantes tomando posesion de la ilustre villa, y, en fin, lo que hoy principalmente la domina es una alta corriente politica que, con asombro del observador, lleva á este Madrid que casi todo lo debe en los pasados tiempos á la centralizacion y la vida monárquica á un sentido á un caracter marcadamente liberal y expansivo.

Y ahora bien: si los vetustos muros faltan, y faltan las torres y los monumentos con que las pasadas edades hablan á todas horas á las presentes, y si de nuestras costumbres del dia, las de más consistencia y relieve apenas si hay tradicion alguna, y para explicarlas no se hace necesario más que volver los ojos á unos pocos años que casi hemos vivido todos y en que se han ido formando por el soplo vivificador de un nuevo espíritu, ¿tendrá nada de peregrino que para el vulgo, para el comun de las gentes que sólo con lo presente estan identificadas, que sólo á lo actual tienen que referirse, esa historia de Madrid tan efectiva, tan llena, tan ilustre, aparezca como un achaque de arqueólogo ó la manía de un erudito? Sin embargo, lo hemos visto; la coronada villa tiene un ayer glorioso á que de digno complemento sirven sus movimientos, sus hazañas, sus triunfos del presente siglo, desde el memorable *dos de Mayo* hasta el actual momento en que todo augura un desarrollo magnífico, un porvenir brillante, adunados como van los oficios de la inteligencia, la civilizacion y la riqueza.

Ahora veamos un poco despacio lo que son los libros citados de los Señores Mesonero, Amador de los Rios, Rada, Rosell y Fernandez de los Rios; y sobre todo veamos lo que es, lo que representa, lo que vale y lo que puede esta villa *leal, noble, imperial y coronada*.

RAFAEL M. DE LABRA.

UN LIBRO NUEVO.

LECCIONES DE CALOTÉCNIA *para un curso de Principios generales de Literatura y Literatura Española, por Don José Campillo y Rodríguez.*

I.

Las primeras palabras al tratar de esta obra interesante por muchos conceptos, deben ser de incondicional elogio; cualquiera que sea nuestro juicio definitivo acerca del conjunto y de cada parte, nos creemos obligados á comenzar alabando la empresa del Sr. Campillo, que sólo por haberla intentado hubiera merecido bien de las letras. Que un profesor de nuestro Claustro se decida á publicar un tratado de la ciencia que enseña, no es cosa tan usada que no deba sorprendernos. Por culpas, ajenas casi todas á su voluntad, los profesores de estas abandonadas Universidades de provincia no tienen más aliciente en los trabajos de la ciencia que el amor desinteresado del estudio; y necesita ser muy intensa esta pasión para que lleve á un hombre prudente y justamente económico al riesgo de perder en la publicación de un libro cuidados, sudores, dinero, para que al fin su voz se pierda en el desierto. Aquel tristísimo cálculo de Hartmann el pesimista que demuestra cuán poco fruto logra el autor de un libro en gloria y en provecho, bien entendidos el provecho y la gloria, aún sería menos halagüeño si se le aplicaran datos recogidos en nuestra vida científica y literaria. Bien comprende todo esto el Señor Campillo, pero venciendo la apatía á que inclinan el ánimo tanto obstáculo y tan pocas esperanzas, escribe su *Calotécnia*, fruto de muchas reflexiones, de estudios no superficiales y de atenta y esmerada lima.

Sin ofender á otros podemos asegurar que este profesor distinguido ha realizado lo que en vano intentaron algunos: escribir en un medio literario bien poco favorable una obra que sale de la vulgar manera á que parecía condenada la raquílica literatura provincial, falta de elementos y de naturales incentivos.

Por lo común, los que escribían libros didácticos desde algunos de estos rincones á donde llegan tardíos, confusos y desfigurados los ecos de la vida intelectual moderna, solían afectar intolerancia y desden respecto á todo lo nuevo que en rigor no conocían, y más por la necesidad aun que por sus preocupaciones, encerrábanse á navegar en las aguas muertas de una ciencia

anticuada, sólo interesante bajo el punto de vista arqueológico. El Sr. Campillo, aunque no oculta la pobreza de fuentes de que ha de resentirse su trabajo y á pesar de que milita en escuela no muy amiga de los corrientes actuales de la ciencia, déjase de fingir desdenes por lo que no conoce, y tolerante hasta donde puede, acumula con simpático y noble afán cuantos elementos pudo haber á la mano, siendo resultado de este buen sentido y prolijo trabajo un libro digno de su tiempo; mérito no despreciable tratándose de obras didácticas, más sujetas que las de ingenio y arte bello á las mudanzas de la actividad del pensamiento.

Bien puede asegurarse que en mérito intrínseco supera la obra de Quintiliano á cuantos tratados de retórica se han escrito en los tiempos modernos, pero sería grave error enseñar hoy ni más ni ménos el libro del retórico insigne.

Penetrado el Sr. Campillo de esta verdad y muy por encima su espíritu de los vaivenes á que sólo á los muy lijeros sujeta la moda, guíase por el dictado de sus propias reflexiones sin desdeñar lo nuevo, sin olvidar lo antiguo, admitiéndolo todo en cuanto sea bueno. Lástima grande que el diligente catedrático haya tenido que ver limitados sus esfuerzos por la penuria de obras, de que él mismo se lamenta! Por grande que sea el talento del Sr. Campillo no ha podido sobreponerse á la influencia que en sus investigaciones tenía que ejercer la falsa perspectiva en que las circunstancias le colocan; lo que ve de cerca, casi á la mano, le parece de colosales proporciones y llama su atención como si fuera lo más importante, mientras que lo verdaderamente grande, por causa de la distancia lo distingue apenas, pequeño y confuso en el horizonte, y aun necesita de instrumentos auxiliares para darse cuenta de ello. De este modo, el Sr. Campillo aprovechando libros y otros datos que por azar tuvo cerca, concede á ciertos autores de tercero ó cuarto orden una importancia que ni ellos quizá soñaron, al paso que de los más acreditados sólo sabe por referencias y no conoce de ellos más que lo que plugo á sus enemigos comentar malamente, siendo de estos enemigos, tan inferiores, de donde toma el señor Campillo lo más trascendental de su doctrina. Así por ejemplo vemos con pena y sorpresa al distinguido catedrático empeñado en continuas escaramuzas con el libro del Sr. Revilla, ensayo contradictorio de un espíritu escéptico y vacilante, más que por original criterio por desorde-

nados impulsos, y vémosle tratar de las obras de Vischer, Schiller, Burke, Nussleim y otros autores notables sin más guía que las inexactas y bien superficiales referencias de Yungmann. Así contradice el autor de la Calotecnica en la estética de Vischer, ni más ni menos aquellos pasajes que también combate el profesor de Insbruck, haciendo especial censura de lo sublime de la mala voluntad, que ni Yungmann comprendió, ni el Sr. Campillo pudo penetrar.—Un oportuno y noble propósito del profesor de Oviedo es dar á su obra una tendencia anti-positivista, toda vez que el determinismo modernísimo ha llegado ya al terreno del arte y en él pretende reinar, como de hecho reina en las ciencias naturales y acaso en las sociológicas. Pero también aquí le atajan fatalmente el paso dificultades del mismo orden. El Sr. Campillo más que olvidado de su tolerancia, ignorante de que disfigura doctrinas poco conocidas, sigue á los autores apasionados en que estudia y da golpes de ciego, como suele decirse, gastando sus fuerzas retóricas, dogmáticas y metafísicas en combatir á enemigos que no lo son, mientras ni mienta siquiera á los Spencer, á los Helmholtz, á los Veron, á los Ganckler, á los Laugel, á los Hartmann, (por recordar los más vulgares) que con tantos otros son los adversarios temibles de la antigua estética. Cierro es que algunos autores neo-escolásticos, por ejemplo el P. Ceferino Gonzalez entre nosotros se obstinan en ver consecuencias materialistas en la doctrina de Hegel y en todo el panteísmo alemán, aun ántes de la decadencia de la extrema izquierda, pero el Sr. Campillo que huye de exageración é intransigencia, debió prescindir de estos injustificables prejuicios y atenerse á la enseñanza de la crítica filosófica en estos últimos años. Hoy, en realidad, ya son lugares comunes de sermón esas confusiones del dogmatismo que mezcla y baraja, llamándolo á todo racionalismo, escuelas que no pueden ser más opuestas. Estudia el Sr. Campillo las teorías, mutiladas por cierto, de Vischer sobre la naturaleza de lo bello y le atribuye, siguiendo siempre al jesuita Jungmann, una tendencia materialista que existirá donde quiera menos en la *Estética* de Vischer. Es esto tanto más deplorable, cuanto que ya ántes de ahora, segun nuestras noticias, se le ha hecho notar al señor Campillo la injusticia de tales ataques. Por otra parte, Vischer no es el principal autor de su escuela, pues si bien en muchos respectos

amplia y completa á Hegel, en lo esencial es éste el fundador de la escuela que el Sr. Campillo combate, y la obra del filósofo de Berlin es con mucho más importante que todas las de análogo sentido. Medite imparcialmente el profesor de Oviedo cuán triste es haber gastado el valor y las fuerzas en combatir soñados enemigos y haber dejado ilesos por ignorados á los representantes de ese realismo sensual y grosero que tan justamente indigna al Sr. D. Justo Alvarez Amandi, admirador inteligente del Sr. Campillo.

Pero todo lo que puede parecer censura en los párrafos precedentes, vá más bien que en son de tal, como elegiáca lamentación, puesto que sin culpa suya el Sr. Campillo vé cerrado el camino y no puede escogitar, como fuera bien, los autores y doctrinas merecedores de estudio y crítica atenta.

Sin embargo, el ilustrado profesor de literatura es el único responsable de haber llevado tan lejos su incondicional adhesión á determinados autores. Como sería ligereza insigne acusar de este modo al Sr. Campillo sin acompañar de pruebas la censura, vamos, molestando con gran pesar á nuestros lectores, á seguir paso á paso al autor de la Calotecnica en su odisea por el libro de José Yungmann.

El plan y método de una obra reflejados naturalmente en el programa ó índice de materias es lo que necesita principalmente originalidad si hemos de apreciar al autor como digno de estudio y crítica: pues bien, el Sr. Campillo, original, demasiado quizás, en el plan de su libro, intercala enunciados de la *Estética* de Yungmann tomados literalmente, y los disloca haciéndoles entrar en lecciones distintas. Esto necesariamente lastima el orden metódico de modo grave, y hace dudar si los trabajos heurísticos del señor Campillo obedecerán ni en lo elemental al cánón de la lógica. Por desgracia, como veremos más adelante, sin estas lamentables intercalaciones el método de la Calotecnica es puramente arbitrario.

Pero aún es más censurable el proceder del señor Campillo respecto á los autores extranjeros que con más empeño combate. Vischer, Schiller, Nussleim, Lemke, Krugg, Burke y Solger reciben palmetazos crueles, y no obstante el señor Campillo manifiesta claramente que desconoce sus obras, pues ni por casualidad hace alusión á otros pasajes distintos de los que cita Yungmann para combatir á los mismos autores.—Ejemplos: Yungmann, obstinándose en echar sobre toda es—

télica racionalista el sambenito del sensualismo y del materialismo, toma algunos párrafos aislados de Burke y de Solger, y el Sr. Campillo apresurándose á dar por representada la escuela inglesa en estos autores, copia ni más ni ménos lo que trasladada á su libro el jesuita alemán, ateniéndose literalmente á la traducción del Sr. Orti Lara: en la página 188 de la obra de Yungmann (1) está todo lo que en la Caloténia puede verse en las páginas 52 y 53, inclusive la nota «Erwing, página 26.» Y el Sr. Campillo sin más datos, arroja sobre Burke y Solger todo el peso de su indignación espiritualista, diciendo como Yungmann queaquello no merece refutación etc. etc. A quien no cita el autor español es al profesor de Insbruk.

Para quienes guardan sus rayos el alemán jesuita y el catedrático de Oviedo es para Vischer y demás autores que han sostenido la teoría de lo sublime posible en el mal. Yungmann, en la página 176, copia algunos párrafos de Schiller tomados de su opúsculo «De la razón del deleite en los asuntos trágicos.» y el Sr. Campillo reproduce en las págs. 108 y 109 ni más ni ménos las palabras que copia su autor predilecto, con nota y todo. En la página 112 el Sr. Campillo vuelve á copiar parte de lo reproducido en la página 109. El Sr. Campillo en la página 106 copia, con la nota y todos los pormenores, las palabras, ni una más ni una ménos, que Yungmann traslada de una obra de Vischer á la suya, página 177. Ni una vez sola se refiere el Sr. Campillo tratando de Vischer y todos estos autores á pasajes que no cite también su Mentor, y siempre son las reproducciones literales y de igual extensión.—Tócale el turno á Nussleim citado por el alemán y copiado en las páginas 177 y 178, y con la nota inseparable, aunque llevada al texto, el Sr. Campillo cumple su cometido respecto de Nussleim en las páginas 109 y 110; Nussleim, cuyo materialismo grosero, con el de otros extranjeros, tanto indigna al Sr. Alvarez Aman-di. En la misma página 110 el Sr. Campillo lanza su anatema, de paso, sobre Lemke y Ficker: y como buena prueba copia lo que Yungmann copia de estos autores (pág. 178 y 179.) El profesor Krug rinde su tributo en la obra de Yungmann pág. 177 y en la de Campillo pág. 108, advirtiendo ambos que Krug escribió veinte años ántes que Vischer. Por último, el Sr. Campillo, por su cuenta, cita y emplaza

(1) Trad. española. Tomo 1.º—1871.

al Sr. Revilla, de quien, naturalmente, Yungmann no tiene noticia.

Y sin más datos, sin otro conocimiento de las obras respectivas, el catedrático de Oviedo se arroja á combatir sin miramientos ni reservas sistemas y escuelas de que sólo sabe que no sabe nada, pues no es saber nada el haber leído los fragmentos arbitrariamente aglomerados por un autor ajeno, después de todo, á la verdadera ciencia estética, como tal ciencia. ¡Qué lástima! El señor Campillo, con tan buenos propósitos, se abandona por seguir á un guía temerario, á las tinieblas del desorden y á las iras espesas de la intolerancia.

Hemos tratado con despacio este punto porque en realidad es grave y porque tales extravíos merman nó poco la autoridad del autor ilustrado de la Caloténia.

Seguiremos, cumplido rigurosamente nuestro deber de críticos en esta parte, analizando la obra del Sr. Campillo, aunque no tan detenidamente como merece y quisiéramos. En el próximo número, Dios mediante, daremos fin á nuestro trabajo, y por adelantado repetimos nuestros plácemes al catedrático de Literatura de nuestra Universidad de Oviedo.

(Concluirá.)

LEOPOLDO ALAS.

Oviedo 20 de Febrero de 1879.

LOLA LEE.

SEGUNDA PARTE.

(CONCLUSION.)

VIII.

La infeliz á quien Lola contemplaba con marcada curiosidad, estaba justificando en aquel momento el apodo con que se la conocía en el manicomio. Había formado con diferentes piezas de ropa un apretado rollo que, colocado sobre la cama, recibía aquellas suaves y acompasadas palmaditas con que las madres acostumbra á dormir á su pequeñuelo. La sonrisa que se advertía en su rostro, era como el sarcasmo del placer.

—¿No ves, Dolores? Esta mujer se ha vuelto niña y está jugando á las muñecas.

—¿Quién está ahí?—dijo de pronto la loca volviéndose y encarándose con los que la miraban.

Y andando sobre las puntas de los piés y cla-

vando sus ojos en los ojos de Lola, aproximóse al ventanillo.

—Ah! es V. ?—añadió—V. ha visto las manecitas, V. es la madre! ¿verdad?

—No la contradigas en nada, Dolores—apuntó el marques en tono festivo.—A los locos hay que darles siempre la razón.

—V.—prosiguió la loca—le ha llevado aquí en sus entrañas.....y después le ha dado su sangre..... ¿verdad? ¿verdad?

—Sí, dijo tímidamente Lola.

—Una sangre que se hacía blanca para que no le diera miedo.....dulce para que le gustase.....templadita para que no le diera tos.....Qué tos!.....á veces parecía que tenía una culebra enroscada en la garganta y que silbaba.....Qué grandecito está! Eh?..... Ya anda, ya anda..... Toma! si ya habla..... Cielo mio!..... ¿Quieres ser Papa? Di! ¿Qué quieres ser?..... ¿Eso?.....Eso no, eso no.....Qué guapo, qué guapo!..... Pero estás triste..... no lo niegues..... ¿Nó está triste? Digalo V., digalo V.

—Sí, repitió Lola.

—¿Cómo sabe V. que está triste, cómo?..... Embustera..... más que embustera.....—Oiga V.... no te separes, es un secreto mio.... son unas manas pequeñas, negras, velludas, que vienen y arañan en las paredes, en la cal, en las piedras.....y hacen con las uñas un ruido que cripa los nervios..... y ván quitando, quitando hasta que pasan al otro lado y quedan moviéndose así..... arañando el aire..... Atiende y las oirás; mira y las distinguirás.

La loca separó de sí el bulto de ropa, el simulado pequeñuelo, y dejó ver su seno casi desnudo. En el lado izquierdo tenía una porción de rasguños que se cruzaban como las rayas con que tachamos algo que fué escrito y que queremos omitir después.....!

En tal momento comenzó á oirse un lejano toque de corneta, frecuente en un pueblo donde había tropas acantonadas. La loca dejó caer el rollo que tenía en sus brazos, púsose á escuchar con el cuerpo inclinado, la boca abierta y las manos detrás á de las orejas. La animación de su semblante aumentaba por instantes.

—Esa.....esa.....esa!—exclamó á grandes voces,—esa es la madre.....! ¿No oye V. cómo llama?..... Madre; Madre! Madreee!!!!

La loca, andando siempre de puntillas, se dirigió á una ventana enrejada que caía á un patio y comenzó á sacudir con violencia los hierros.

Antonio había invitado una vez á su mujer á

separarse de aquel sitio, y lo hizo de nuevo cuando la demente comenzó á gritar.

—Vámonos, Lola; esto está visto y no es agradable. Los demás se han ido ya de aquí.

La loca quedó silenciosa y sombría unos momentos, volvió cerca del ventanillo y comenzó á deshacer á puntapiés lo que poco ántes era objeto de su maternal ternura. De entre las ropas salió un retrato.

—Mira, Antonio; la loca tiene un retrato.

—Es verdad, y debe ser suyo.

—Por qué?

—Porque es un verdadero retrato de loca. Nó ves? Le falta la cabeza.

Lola no rió el chiste, estaba distraída.

Un dependiente de la *Casa* llegó entonces á decir á los marqueses que sus compañeros les esperaban para marchar.

Antonio dió el brazo á Lola y detrás de ellos echó á andar el hombre. La loca se asomó al ventanillo, extendió un brazo y comenzó á reír con una risa extraña. La *madre* lloraba á carcajadas.

—Qué cosa más rara, Antonio! Todos los que encontramos al paso escapan apenas nos ven. ¿Por qué es?

—Serán locos; qué sé yo!

El hombre que seguía á los marqueses era el que producía el hecho notado por Lola.—Únicamente Rufo había ántes puesto piés en polvorosa por motivo distinto.

IX.

Lola estaba sentada en un ángulo del pequeño sofá, inclinado el cuerpo hacia adelante, puesta una pierna encima de la otra, apoyado un codo en la rodilla y mordiendo suavemente un dedo de la cerrada mano que sostenía su cabeza. El otro brazo tenía extendido sobre el asiento. Lola miraba fijamente al suelo como si se entretuviera en contar los hilos de que estaba tejida la alfombra. En frente de ella había un piano con sus cuatro luces encendidas y un cuaderno de música colocado en el atril. Sobre un velador veíanse un album abierto, un libro cerrado y un timbre ocioso.

—Y Antonio?—dijo de pronto Mister Lee apareciendo en la puerta del gabinete é interrumpiendo á Lola en sus meditaciones.

—Jesús! papá; me has asustado.

—Qué! te asusto yo?

—No, qué tonto! Ven, siéntate aquí á mi lado. Como llegaste sin hacer ruido..... Pues Antonio ha salido hace un instante; volverá temprano

segun me ha dicho. Tiene junta en no sé que Sociedad.

—¿Y tú persistes en no salir esta noche?

—Si, estoy cansada, no tengo humor para vestirme. ¡Ha sido un día de jaleo el de hoy!..... Dudo yo que ninguna de las expedicionarias deje de estar en la cama después de las diez ó las once. ¡Qué madrugon, qué correr de aquí para allá! y luégo la visita aquella á la casa de locos y.....

—Vaya, que me ha hecho gracia lo de la tal visita. Qué ocurrencias tiene Lorenzito! Debíais haberle dejado allí; era su sitio.

—Pues mira, papá, se pasó el tiempo sin sentir. Yo no había visto nunca una *Casa de Orates*, y merece verse. Da cierta tristeza, pero es curioso. Al salir, después de aquello de *la madre* que te conté mientras comimos, tropezamos con locos muy originales. ¿Quieres creer que había uno que tenía la seguridad de haberse convertido en ánfora de piedra? Estaba así, con los brazos en jarras, acurrucado, sin moverse ni poco ni mucho y quejándose con una queja que sonaba á hueco. ¿Y otro que vimos luégo? Aquel estaba alegre, orgulloso; traía en la cabeza una corona de papel, en la diestra un pequeño rollo, de papel tambien, á manera de cetro, y sobre los hombros una colcha á guisa de manto. Se figuraba que era rey. ¿Sabes lo que dijo Antonio? Que el tal hombre era feliz, puesto que siendo un miserable desarrapado era para sí mismo tan monarca como el Czar de todas las Rusias. El engaño tiene tambien su valor y sus satisfacciones. ¿Verdad?

Ricardo Lee miró á su hija.

—Si Lola, sí; ya lo dijo un poeta que tú has leído.

—Cual? Milton, Shakspeare?.....

—No, Teófilo Gautier.

—A ver, recita...

—No lo recuerdo bien..... es una cosa así:

«Le bonheur qui nous vient d' un mensonge est le même que s' il était prouvé par l' algebre.

—Qué más, que más?

—Se me ha olvidado.

El *yankee* no quiso seguir la estrofa que acaba.

Etre heureux
qu' est ce? sinon le croire et carever son rêve,
prian Dieu qu' tel bas jamais il ne s' achève?

—Pues yo, escriba lo que quiera el poeta, quiero la dicha que nos viene de la verdad y no de la mentira, la dicha que por fortuna gozo.

—¿Eres feliz, hija de mi alma?

—¿No lo sabes? Con Antonio y contigo....., ¡Me quereis tanto!

—Y tú á mí me quieres mucho, za'lamera? ¿Muy de veras?

—*Very, very, very.*

Esto lo dijo Lola acercando su boca al oido de su padre, que rodeaba su talle con un brazo y que aprovechó la proximidad del rostro de su su ángel para besarlo.

—Tienes calor en la frente, y tambien tienes ardorosas las manos. ¿Te sientes mal?

—No papá, no; qué bobada! ¡Cuánto me cuidas! No parece si no que soy un alfeñique.

—No se necesita ser un alfeñique para sentir un poco de calentura tras de haber dormido mal y andado mucho y,....

—Sí, sí; se te va á morir tu Dolores; se lo dá la cara ¿eh? ¿No sabes tú que yo no puedo morirme mientras vea á mi papá y á mi marido? Para morir hay que cerrar los ojos definitivamente, y como los míos quieren estar siempre mirándooos, no han de querer cerrarse así y saldrán con la suya. Apostaría cualquiera cosa á que, si en último caso me muriera, quedaría con los ojos abiertos. Cuando duermo, se cierran por que están seguros de que han de abrirse otra vez y han de encontrarnos de nuevo, que si nó..... Ah! voy á tocarte aquel vals que me mandaste aprender, el que tocaba mi pobre madre; ya le sé del todo.

Lola ejecutó con limpieza y gracia el bonito bailable y parecía seguir el compás con un suave movimiento de onda que instintivamente imprimía á su cuerpo. Ricardo oyó resonar aquella música en el fondo del alma, vió á su perdida Carolina con el corazón, y, sin dejarla concluir, levantóse y prodigó amorosas caricias á la hija idolatrada.

—Què! Te vas á marchar?

—Pensaba salir, pero ya que estás sola y que tú no sales, me quedaré,

—Eso sí que no. Antonio vendrá pronto.

—¿Quieres que te envíe á Mercedes para que te acompañe? ¿Quieres que te lleve en mi coche y te deje en su casa? Para esto no necesitas vestirme, y yo mismo iré después á buscarte. Anímate.

Lola calló unos instantes y dijo de súbito:

—Papá, mírame!... Ja, ja ja! Qué serio te has puesto! Pues sí, iré contigo. ¿Sabes por qué te mandé que me miraras? Porque estaba en duda y me dije: voy á mandar á papá que me mire,

y si al "hacerlo se pone serio salgo, y si se sonrie me quedo en casa.

Cuando Mister Lee y su hija atrevesaban el dintel de la puerta, Lola se detuvo.

—¿Qué es eso que se oye?

—Ah! es el pícaro *Kickshaw* que ha hecho hoy una diablura y está preso. Nos ha oido hablar y aulla para que le suelten.

—Vaya un aullido triston y feo que tiene *Kickshaw*!

X.

Ni Mercedes madre ni Mercedes hija estaban en casa. Esta, sin embargo, debia llegar de un momento á otro con su padre, segun le dijo á Lola una doncella de la casa que se volvió desde la mitad de la escalera para acompañarla y abrirle la puerta.

Lola penetró en el gabinete, en que de ordinario era recibida y que estaba debilmente alumbrado. Miró por milésima vez las fotografías, colocadas sobre la chimenea en sus pequeños caballetes; curioseó la obra de tapicería en que aquellos dias trabajaba la madre de su antigua amiga y que por cierto no iba muy adelantada; dió dos ó tres vueltas por la habitacion con aire distraido, y acabó por abrir las vidrieras del balcon voladizo y asomarse á él. Era el mismo balcon desde el que un dia viera Lola por primera vez á Enrique.

No se si esta noche recuerda Lola algo de aquello; la vista y las palabras de la madre, bi en podían haber escarbado el musgo del olvido y abierto en los cendales de la presente ventura un agujero por dónde se vislumbraran las descoloridas lejanias de la memoria.

Pero todo esto no pasa de una suposicion, por que Lola nada hace que lo revele. Olfatea las flores que brotan en los tiestos que en el balcon hay: los blancos alelís, que por entre las rejas se asoman tambien para ver lo que pasa; las rosas encendidas, que se yerguen sobre el espinoso tallo á quien parecen pedir de continuo que las acerque al sol más y más; la oscura malva, que, cuando la acarician suaves dedos, acrecienta su aroma penetrante como si pagar quisiera las caricias; el heliotropo de menudas y azuladas estrellas, al que Lola llama *la flor gallega*, por que apenas se separa una rama de la planta y de la tierra, enferma de morriña y se oscurece y muere ántes que las otras flores, en el ojal del negro frac—¡afrentosa muerte!—ó sobre el palpitante seno de la hermosa.

Lola se entretiene tambien en advertir cuánto

tarda en recorrer la altura que hay entre la calle y el balcon de un piso tercero la saliva que deja caer de su boca; en escuchar y seguir la letra y la música de unas coplas que con pequeño intervalo cantan en jándalo puro y al son de la guitarra dentro de una taberna vecina con honores de café; en contemplar, en fin, mirando á lo léjos y á lo alto, los misterios y los escasos encantos de la noche; y digo escasos, porque no se ven en el nublado espacio ni descascarada luna, ni polvorientas nebulosas, ni titiladoras estrellas.

La noche, sin embargo, está clara, con una claridad turbia que no parece venir de ningun foco, sino estar diluida en el aire; la luna alumbraba, pero como dentro y á través de un inmenso globo de cristal cuajado. Más que noche semeja crepúsculo. Diríase una profunda melancolía de la luz ó una alegría siniestra de las sombras.

La noche está templada, demasiado templada, casi bochornosa. La primavera está incubando gérmenes, rompiendo envolturas, aguijando pasiones, atizando en el polvo, en el aire, en todas partes, el hervor de la vida, que al fin salta, rebosa y se ostenta en colores, en brillos, en zumbos, en rugidos, en himnos, en movimientos vertiginosos, desvergonzadas concupiscencias y alegrías desenfundadas. Lola que ha leído mucho y ha soñado más, se explica á su modo el calor prematuro y febricitante de esta noche de primavera....

Oyese, al cabo, el ruido de una puerta que se cierra, el roce de un vestido que arrastra, una ligera tos varonil. Mercedes y su padre deben estar ya de vuelta.

Lola se vuelve, reclinase tocando con la espalda la barandilla del balcon y se sonrie previendo la sorpresa de su amiga.

Penetran con efecto en el gabinete dos personas, un hombre y una mujer: la madre de Mercedes y el marido de Lola.

La sorpresa se ha vuelto por pasiva, pero esto no obsta para que Lola se disponga á salir.

—Siéntate.

Lola quedó quieta, muda y asombrada al oír esta insignificante palabra. No cabía duda: la madre de Mercedes era quien la había pronunciado dirigiéndose á Antonio. ¿Habría entendido ella mal? ¿Se habría equivocado aquella mujer?

—Siéntate *infamillo*; tengo que ajustarte muchas cuentas. Voy á dar más luz á la lámpara: parece que está alumbrando á un muerto.

—¿Y qué cuentas son esas, *fea mia*?

—Ahora verás.—Tú *gatita* no ha salido esta noche, eh? ¿Y cómo has podido escapar de sus conyugales uñas? Te vá á arañar cuando vuelvas. ¡Pobre *menino*!.... Toma! por lo que hoy me has hecho rabiár.

—Quita, quita. ¿No está abierto ese balcon?

—Es verdad! Ciérralo, ciérralo.

Lola—permítaseme la frase—se empapó en aquella jerga corrosiva.

Los diminutivos amañados, las irónicas frases, los expresivos arrumacos, no hirieron únicamente sus oídos y sus ojos: penetraron por todos los poros de su cuerpo dotados en aquel instante de un doble y perfeccionadísimo sentido. Sólo así se puede oír como ella oyó, ver como vió ella!

Cuando el prudente Antonio se levantó para cerrar el balcon, Lola perdió su inmovilidad de estatua, dió uno ó dos pasos hácia un ángulo del balcon, y desplomándose más que inclinándose sobre los tiestos de flores, evitó que el marqués pudiera descubrirla.

El balcon quedó cerrado y convertido en jaula, semejante á una de aquellas jaulas fuertes y seguras, pero cuyo techo es de blanda tela porque se aprisiona en ellas á ciertas aves que cabecean y saltan mucho. La jaula de Lola tenía el piso de dura piedra, las rejas de hierro duro, el techo.... de nubes plumizas. Lola creía sentir que la piedra se hacía muelle y elástica bajo sus piés, y la bajaba y la levantaba como queriendo despedirla; que el cielo descendía poco á poco como queriendo aplastarla; que las casas de enfrente, y la calle toda y la ciudad entera, daban vueltas y vueltas como queriendo marearla y hacerla sucumbir con su danza maldita.

Una laxitud extrema se apoderó de Lola, sus piernas flaquearon, doblóse su cuerpo y cayó sentada sobre la fría losa.

—Esto es imposible—pensó ella,—imposible...! Esto es un sueño espantoso, pero sueño al fin.... Mis sentidos mienten, mi cabeza delira....

Y Lola se acordó de sus pesadillas de adolescente, disipadas por las caricias de su padre.

Y como queriendo salir de su angustiada duda, tocó sus vestidos, olió una flor, hizo chocar su frente contra la dura piedra, hundió un alfiler en su propia carne. ¡Horribles pruebas de horrible realidad!

En la calle seguían rasgueando la guitarra, y la misma voz que ántes se oyera, áspera, gutural y temblona, entonaba una nueva copla que era á un tiempo superstición y blasfemia:

«Entre la hostia y el cáliz
á mi Dios se lo pedí,
que te aloguen las faitigas
como me alogan á mí.»

Lola oyó distintamente aquella cancion, que á poder pedir algo los demonios á Dios, creeríala cantada por el mismo Satanás, y las palmadas redobladas y sonoras que la siguieron.

Y Lola se acordó del poema de Milton, que leía con su esposo por aquellos días.

¿Pero á qué más pruebas? ¿No veía allí aquel hueco que era para ella como la boca del infierno?—Aquel hueco estaba cerrado, pero había hácia abajo un intersticio, una ancha rendija que no cubrían las cortinas ni el maderaje. Lola púsose de rodillas y, ya que no oír, intentó ver más. Al aproximar el rostro, su propio aliento empañó el cristal. ¡El cuerpo imbécil, la torpe materia, parecía tener en tal momento voluntad piadosa, corazón sensible. ¡Quería ocultar con un velo aquella escena de abominación á los ojos de la mujer desventurada!

Esta se apresuró á disipar con su mano trémula la vaporosa nube y miró, miró con ánsia infinita, como se mira lo que no se quisiera ver nunca.

¿Qué pasaba entónces dentro de aquella pequeña cabeza, por de fuera tan hermosa, tan juvenil, tan dorada? Dicen los que lo saben, que en el interior de esa bóveda humana hay una masa gris en que me figuro yo las ideas como microscópicas luciérnagas asomadas á su diminuta celulilla. más fosforescentes unas, más pálidas otras, vueltas unas al pasado, de cara otras al porvenir cubiertas muchas por los pliegues del olvido, ya vecinas y enlazadas como constelaciones, ya distantes y contrapuestas como antípodas. Pero en las grandes crisis, la masa toma tintas sombrías, se infla aquí, se hunde allá, tiene las palpitaciones del océano, los remolinos de la tromba: y las microscópicas luciérnagas escóndense como reptiles, saltan como chispas, corren como estrellas erráticas de un punto á otro, y con los vellones de tinieblas y los hios de luz, téjese maravillosa tela que acaso acaba por servir de sudario á la vida.....

¡Qué bien se los distinguía á los dos! Para algo Mercedes aumentara la luz de la lámpara... Y Mercedes todavía era hermosa, tenía la belleza redonda y serena de los treinta y cinco años.... Antonio la venía admirando desde ántes, desde mucho ántes.... Lola los vió juntos cuando aun estaba soltera, indiferente y fría....

De modo que aquellos arrebatados halagos de los primeros días de su matrimonio, no habían sido otra cosa que torpes sacudidas del instinto, groseros ataques del deleite; aquellas laxitudes y asperezas que vinieron después, delatores indicios de la perfidia mal encubierta; aquella bondad y blandura posteriores, hábiles añagazas de la malicia, carnavalescos ardidés de la hipocresía..... Antes, después, ahora, todo vacío, todo mentira, todo traición; traición doblemente infame..... mil veces infame.....

El cristal volvió á empañarse, y Lola volvió á frotarle con sus dedos y á mirar de nuevo levantando un poco la cabeza, sobre la cual—¡burlesca casualidad!—las ramas de un rosal, vencidas por el peso de apretados capullos, venían entonces á caer como adorno de fiesta. La víctima estaba ya coronada!

Allí no podía ser puro ni el cristal. Una miserable arenilla que había en él, un descuido de las moléculas, uno de esos defectos insignificantes que advertimos muchas veces en los mejores productos de la vidriería, coincidiendo en aquel momento con la escrutadora pupila de Lola, hizo que ésta se espantase de súbito ante las raras deformaciones que sufría el rostro de los que miraba. Antonio y Mercedes tenían la frente muy larga y estrecha, los ojos oblicuos, la boca.....—Lola quiso echar hacia atrás su cabeza, pero al hacerlo sintió que la arrañaban, que la asían por los cabellos, acordóse á un tiempo de las uñas de la *gatita*, de las garras de *la madre*, de la negra mano de sus ensueños, y estremecida de horror lanzó un grito penetrante, sacudió con fuerza su cabeza, dejando en las espinas del rosal doradas hebras de su blonda cabellera.

Aquel grito oyóse dentro, quebró una caricia, sorprendió á los infames.

Mercedes dió un brinco en su asiento.

Antonio se dirigió al balcon. Lola púsose de pié como levantada por un resorte.

Lo que iba á pasar presentóse al pensamiento de Lola mucho mejor y mucho ántes de lo que puedo yo decirlo. Iba á encontrársela allí escondida, enjaulada, llena de vergüenza, convulsa de ira, espionando un crimen, presenciando su propia humillación, herida en el cuerpo y en el alma, derrotada en su belleza, en su orgullo, en su honra. Los que iban á encontrarla eran la mujer que hasta aquella noche había mirado casi como una segunda madre, el hombre que hasta aquella hora había sido su ídolo y que aun debía conservar en su frente el calor de sus últimos

apasionados besos. ¡Qué asombro se preparaba á los verdugos!

El hierro de la falleba rechinó,....

Lola creyó discurrir con la lucidez más grande de su vida. La lucidez de su idea llegó hasta sus ojos:—¡era el postrer relámpago de las celestes pupilas!—Volvióse de cara al espacio, apoyó ambas manos en la barandilla del balcon, saltó golpeando el suelo con brío—¡era la última patadita de aquellos piés enanos!—y quedó tendida casi horizontalmente.

Una cabeza cargada de tempestades, un corazón rebosando amarguras, pesan mucho. El cuerpo inclinóse á donde debía inclinarse, y Lola Lee rodó por los aires.

Sus vestidos rozaron fuertemente con las ramas de los alelíos, y blancas hojas, semejantes á menudos copos de nieve, siguiéronla en su caída....

FELIX DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

ECOS Y RUMORES.

San Petersburgo 25 de Febrero.

Sé lo que es hoy, mártes de Carnaval; pero, sépanlo Vds., vengo con mi traje ordinario, hablo en voz natural, ni siquiera traigo una nariz postiza, y pido á Dios que ningun maldiciente me ponga como chupa de dómine, ni constipado alguno me vuelva afónico, ni alguna beldad me deje con un palmo de narices, en cuyo caso todo mi propósito de no disfrazarme ni á enteras ni á medias, quedaría contra mi voluntad destruido.

De año en año voy cobrando más horror á los disfraces, y es que mi horror crece á medida que los disfraces aumentan.

Hoy que los nuevos perros chicos parecen monedas de cinco duros, y que se hace chocolate con tierra roja, serrín de madera, sebo de carne-ro y cinabrio, y que se dá aceite de algodón por aceite de oliva, y que se echan sales de plomo al aguardiente anisado, y que una mujer pelinegra se vuelve rubia de la noche á la mañana, y que se presentan empleados con credenciales falsificadas á tomar posesión de su cargo, y que los ingleses pagan..... el pato á los Zulus, y que el Naranco se pone blanca toca femenina, y que las montañas se convierten en llanos, y que la peste se viste de negro, y que la muerta lepra resucita y se mete á dar bromas, y que todo, en fin, se adultera, desde lo conyugal hasta

el vino de Toro,—apenas me explico la careta ni se me hace soportable la *guasa*.

No me importaría quedar solo con mi desnudez y mi legitimidad y mi grave continente (que apenas es isla).

Como dijo un poeta,
«Un monde, s'il a tort, ne pése pas un juste.»

•••
Pero no estoy solo. Lo que en mi es voluntario, fué en otros forzoso.

El Carnaval de Oviedo se ha nevado. Las bromas de abajo quedaron aplastadas por el bromazo de arriba. Campos y montes, tejados y calles, aparecieron envueltos en blanca sábana, y ante la presencia del fantasma huyeron espantados el bullicio y la alegría, los músicos y los danzantes.

En vano un aguerrido ejército de *árabes*, armado de sonoros instrumentos, entonando endechas y repartiendo proclamas, se lanzó á pelear por la causa del Carnaval en nombre del Profeta. La lluvia y la nieve en vez de llamarse Andana se llamaron don Pelayo, y la esperanzada morisma desvaneciése como el humo.

¡Aun hay pátria, Veremundo!

El Carnaval, sin embargo, no quiso darse por completamente vencido.

Parodiando al general griego, dijo con lacónica frase:—pelearemos á cubierto.

De aquí los bailes del Casino, del Teatro, del Circo, et., etc.

Convengamos en que esto no fué, al fin y al cabo, más que el derecho de *pataleo*.

•••
Un baile de Carnaval en el Casino es siempre un acontecimiento: es una *exposicion*, una serie de *estrenos*, una *batalla*;—exposicion de bellezas, estrenos de trajes, batalla de amor. Y á fé que la exposicion fué anoche extraordinaria, y hubo estrenos brillantes y no faltó bizarría en el combate.

Muchas veces he advertido la grandísima diferencia que hay entre lo que se vé por fuera y lo que por dentro pasa;—pero pocas se me ofreció ocasion de apreciar tan cumplido contraste.

Fuera... oscuridad, frío, silencio, nieve, serenos.....

Dentro..... esplendores, animacion, música, fuego, sueños.....

Esto no es pasar una noche en blanco; es pasar un instante en azul celeste.

Yo oí hablar de vestidos de color de *garbanzo*,

y no me acordé para nada del cocido,—como si no fuera español.

Oí hablar de *encajes*, y me sonó á ensambladura, á compenetracion, casi á matrimonio;—como si nunca Valenciennes ni Alenzon hubieran existido.

Oí hablar de *corte princesa*, y seguí vogando por las regiones de la fantasía;—como si no se conociera lo *real* en ninguna parte.

Pisé una *cola*, y me estremecí creyendo haber hollado un cometa en mitad del espacio con mi pié irreverente.

Bailé, y apenas me hubiera sorprendido quedar estrechando el vacío y ver desvanecida en los aires la encantadora pareja de mi ilusion.

Sólo á la salida un copo de nieve que me cayó sobre la nariz me hizo pensar en lo posible de la verdad.

=

Detalles del baile tomados á *vol d'oiseau*;

—Es precioso este *vicho* que tiene V. colocado á la izquierda.

Así dijo un pollo, gran confeccionador de pipopos, á una lindísima jóven que lucía primoroso traje adornado con elegantes caprichos.

La jóven aludida volvió la cabeza al oírle, y por toda respuesta se quedó mirándole.

El pollo estaba sentado á la izquierda de *ella*. Este incidente podría llevar un título de balada: *flor y espiná*, por ejemplo.

=

—¿Cuál le parece á V. la reina del baile?

—Déjeme V. reparar.

—¿Ha reparado V?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que á fuerza de ser todas deliciosas, estamos en pleno *federalismo*.

—De modo.....

—Que la junta podía haber invitado á Pí y Margall.

=

—Buenos ojos le vean á V!

—Pronto se le ha cumplido á V. el gusto. ¿No me está V. viendo?

—Mis ojos no son.....

—Son dos ventanas con vistas al infierno.

(Nota). Recuérdese que nevaba.

=

Aquí, uno á una:

—¿Qué flores tan bonitas lleva V. en la cabeza! Pa recen *talmente* naturales.

Allí, otro á otra:

—¡Qué camelias tan hermosas! Parecen artificiales.

—¿.....?

—..

—iii.....!!!

Hoy se celebrará en los mismos salones el baile de niños que de algunos años á esta parte es uno de los episodios más entretenidos del Carnaval.

Las infantiles parejas, engalanadas con vistosos trajes, inquietas y gozosas, harán todo lo que en tales casos hacen los mayores en edad, dignidad y gobierno.

Suele ocurrir que la gente granada espere con afán la terminación de la fiesta principal para reanudar la campaña de la noche precedente.

Y entónces el baile de niños.... sigue siendo baile de niños.

Porque el amor, según Víctor Hugo, hace á los hombres niños.

Y porque, aún sin eso, como dice Whyte-Melville,—¿qué és el más animoso y sábio de los hombres sino un niño que busca en las tinieblas la mano amiga que ha de guiar sus inciertos pasos?

Convengo en que este último rasgo de erudición trasciende ya á miércoles de ceniza.

Y, según parece, aún no es hora de acordarse del *memento*...

La compañía dramática que actuaba en nuestro Teatro, terminó el abono abierto y dió á más cuatro funciones extraordinarias que vinieron á empalmar con las fiestas de estos días, tras de las cuales la costumbre aquí adoptada durante el tiempo de Cuaresma nos obligará á vivir una vida recogida y casera.

El hombre de mundo, *Herir en la sombra*, *Un novio á pedir de boca*, *La ley del mundo* y *El nudo gordiano*, fueron, si no recuerdo mal, las obras últimamente representadas.

El nudo gordiano fué la principal novedad y por eso, por ser nueva, y porque es producción notabilísima de un ingenio viril y poderoso, obtuvo tres representaciones á que acudió numeroso público. Yo que había visto su estreno en el Teatro de Apolo y que había presenciado la entusiasta y unánime ovación tributada á Selles, me complací descubriendo ó apreciando otra vez con afán sus bellezas y me expliqué los aplausos redoblados de la concurrencia,—siquiera el de-

sempño, salva alguna excepcion, salvo algun rasgo, no correspondiese á lo visto y á lo deseado.

El Sr. Catalina, que está en su centro y en el pleno ejercicio de sus facultades en la comedia, no creo, sin embargo, que estuvo muy acertado al elegir para su beneficio aquel arreglo de Pina que se llama *Ley del mundo* y aquella pieza en un acto, también de Pina, que no recuerdo cómo se llama. ¡Válganos Dios con Pina padre é hijo!

El Sr. Catalina, estuvo bien, muy bien en el desempeño de su papel, pero mejor estaría de seguro, como lo estuvo otros días, en obra que no fuera tan de brocha gorda, tan desdichada y boba.

El público llamó al distinguido actor al palco escénico y le mostró su merecida simpatía con coronas, ramos de flores y palmadas natridas.

Noticias diversas:

—Ha fallecido en Madrid el 14 del corriente, mi respetable amigo y paisano Excmo. Sr. don Ramon Maria Suarez, que había desempeñado importantes cargos y sabido captarse en ellos consideración y afecto merecidos.

Su muerte ha causado dolorosa impresion en los muchos amigos con que aquí contaba. Yo que tengo especiales motivos para sentirla muy de veras, envío mi cordial pésame á la distinguida familia del Sr. Suarez.

—También mi estimado colega gijonés *La Opinion* dió cuenta en un expresivo artículo del fallecimiento del Sr. D. Casimiro Dominguez Gil, ocurrido en la vecina villa poco ha. La industria asturiana debe meritorios servicios al que, sin ser oriundo de Asturias, mirábala ya como su verdadera patria, y deja en ella á los seres más queridos apenados hoy por tan irreparable pérdida.

Justo es sin duda el tributo de gratitud rendido á la memoria del Sr. Dominguez Gil, y á él me asocio sinceramente.

—El crudo temporal de vientos, lluvias y nieves que venimos atravesando es, según se deduce de las noticias de los periódicos, general en España y aun en Europa.

Nuestra via férrea ha sufrido repetidas interrupciones por los desprendimientos de tierras removidas, y es que, á mi ver, no se ha tenido en cuenta en su construcción tanto como fuera de desear, la calidad de los terrenos y los fenómenos meteorológicos aquí frecuentes durante el invierno. Por fortuna, la estación está ya bas-

tante adelantada, siquiera se anuncie que el tiempo no tomará carácter fijo y favorable hasta el mes de Junio. Largo es plazo.

— La inauguración de la Escuela de artes y oficios de Aviles se ha verificado con toda solemnidad el 16 del corriente. Leyóse un erudito y galano discurso del Sr. Presidente D. Ramon Gonzalez Llanos, y el secretario D. Jesús de Alvaré dió debida cuenta del estado económico de la Sociedad y particulares noticias referentes á su organizacion y situacion actual.

El estimado colega *La Luz de Avilés* ha publicado en su último número un curioso artículo suscrito por el ilustrado médico de aquella localidad Dr. Plaza, en el cual se trata la cuestion de los vinos fuchsinados, y se afirma con datos científicos y experiencias propias que la especie de anilina que se emplea por los industriales de mala fé, no tiene las propiedades tóxicas que la creencia general le atribuye y apenas puede influir en la salud de las personas.

El Dr. Plaza cree, pues, que es exagerada la alarma y que no hay verdadero motivo para privarse de los vinos tintos, tanto más cuanto que los blancos pueden contener á su vez ingredientes de igual índole.

Muy de respetar y de aplaudir es la opinion y el celo del competente facultativo, pero como quiera que con la fuchsina se pretende hacer pasar por vinos superiores los que son realmente de inferior calidad, y como quiera que en Oviedo son ya repetidos los casos del fraude, voy á ofrecer á mis lectores un medio fácil para evitar que tomen gato por liebre y para que puedan disfrutar sin el menor escrúpulo el jugo de las cepas negras.

Hèlo aquí:

Se colocan sobre una mesa cuatro vasos por el órden siguiente de izquierda á derecha:

El primero con una porcion del vino que se trata de ensayar. Una ó dos onzas bastan, pero es más perceptible empleando una cantidad mayor.

El segundo con agua en caalquiera cantidad, pero abundante.

El tercero con un cuarteron de agua y seis ú ocho gotas de amoniaco líquido, que se mezclan con el mango de una cucharilla.

El cuarto contendrá lo mismo que el segundo, agua pura, pero solo el cuarto de su altura.

Preparados así los vasos, se introduce en el primero un pequeño retal, como de una pulga-

da cuadrada de tela fina de algodón, blanca y usada; y se deja en contacto del vino uno ó dos minutos, moviéndole con la cucharilla: de aquí se pasa el retal de tela al segundo vaso, en el cual se agita solo por algunos instantes, á fin de que suelte el exceso de vino; se traslada entonces al tercero y se tiene en inmersión en el baño amoniacoal durante medio ó un minuto, removiéndolo suavemente; y por fin pasa el trapo al último vaso, en el que se agita con fuerza, con objeto de lavarle, valiéndose siempre del mango de la cucharilla, con lo cual está terminado el ensayo.

Ahora bien; si el vino no contuviese fuchsina, entónces saldrá la tela del agua con su color primitivo, esto es, blanca ó con un ligero matiz verdoso, pero sin tinte rosado. Si por el contrario, existiese en el líquido la más mínima porcion de esta sustancia colorante, se habrá fijado en el algodón y lo teñirá de hermoso color de rosa, que le es propio.

Si al presentarse en el algodón la coloracion roja se dudase de si ésta sería debida á la materia colorante natural del vino por haber descuidado alguna circunstancia importante, no por eso hay necesidad de repetir la operacion: basta dejar caer sobre la tela una sola gota de amoniaco, la cual si produce instantáneamente una mancha verdosa, nos dará una prueba concluyente de que el ensayo está bien hecho y que la materia colorante hallada es debida á una maniobra fraudulenta.

La Liga de Contribuyentes de Oviedo, respondiendo eficazmente á los fines de su instituto, se ocupa en la cuestion de amillaramientos que en la actualidad importa mucho á los propietarios por haberse circulado las correspondientes cédulas que tienen que llenar con arreglo á lo dispuesto en el Reglamento de 10 de Diciembre de 1878, sobre rectificacion de los amillaramientos de la riqueza territorial y sus agregados, viniendo así á cumplirse lo mandado por las leyes de presupuestos de 1.º de Julio de 1869, 8 de Junio de 1870 y 26 de Diciembre de 1872 y por decreto fecha 9 de Marzo de 1874.

Aunque yo no tengo nada que *amillarar*, veo con gusto la actividad de la Liga y aprenderé algo para cuando me *amillare*.

Dios lo haga!

SALADINO.